

GRAN SUPER TERROR

# HORROR 4

Lo mejor del terror contemporáneo

**CLIVE BARKER**

y otros

Selección de Dennis Etchison



Una destacada recopilación de historias inéditas. De una novela corta original de Peter Straub a brillantes relatos de Whitley Strieber, Ramsey Campbell, Clive Barker, Robert Bloch, Charles L. Grant, y más, este extraordinario volumen nos invita a entrar en reinos extraños e inexplorados de la imaginación. Aquí descubrimos relatos de la vida moderna, de esperanzas y miedos que acechan a la fría luz de un nuevo amanecer. En su máxima intensidad, hablan de paranoia humana, de caras vacías en las sombras, y muertos vivos que trabajan en mercados desiertos abiertos toda la noche. En su momento más lírico, registran la pugna eterna por retener la inocencia y el amor en un mundo deshumanizado al borde del desastre.

# Introducción

Hay estaciones de dolor. He compuesto este libro porque la sangre salpica la roca. Es mi sangre.

Cuando empecé a leer y escribir en los años cincuenta, dedicaba gran parte de mi atención a la ciencia ficción, un género verdaderamente interesante con el que crecer. Había nuevos escritores por todas partes, y tenía la impresión de que no sólo estaban satisfechos con su papel de desclasados, sino que forjaban atareadamente una alternativa a las protecciones de la sociedad. Y así, tentativamente al principio y luego con la ingenua autoseguridad de mi propia consciencia que despertaba, decidí unirme a ellos. Pensaba que la roca no era un lugar tan malo.

Después de una temporada, el género, o mi percepción de él, cambió. ¿Había llegado a su máximo grado o simplemente había malinterpretado yo su potencial? En cualquier caso, pareció producirse una escisión.

Mientras una de las facciones se retiró a las pistolas de rayos y los cohetes característicos de su pasado de *space opera*, otra canalizó sus energías creativas en la creación de variaciones cada vez más barrocas de los relatos de caballerías. En los años setenta, esta última, hasta entonces solamente una brizna de un subgénero literario, adquirió una posición dominante..., o así me pareció desde mi perspectiva.

Tal vez era la escasez de dinero que asustaba a los editores y les hacía jugar sobre seguro con imitaciones de los libros fenomenalmente exitosos de Tolkien y *El Rey que Fue y Será* de T. H. White; o tal vez fueron los lectores que

perdieron fe después de un bautismo de desasosiego y agitación social. Fuera cual fuese la causa, los librereros se convencieron de que sus clientes estaban más interesados en pastiches pseudohistóricos sobre atractivos arquetipos enzarzados en búsquedas de griales a través de bosques misteriosos, ayudados por gnomos con ballestas, elfos en tropel y magia (en otras palabras, en fantasías adolescentes disfrazadas como cuentos de hadas de ritos de iniciación), que en cualquier confrontación posterior con unas expectativas futuras. La ciencia ficción «dura» se echó atrás y empezó a devorarse a sí misma, mientras a espaldas de los tecnócratas, los fans más locos agruparon sus fuerzas y se dirigieron al asalto del asilo.

Aquellos marginados de entre nosotros que no pudimos encontrar nada interesante en aquellos enclaves reaccionarios descubrimos que estábamos encallados. Aún más, al abrazar una vida proteica a expensas de formar parte del colectivo social, se había dispuesto un precio sin que nos diéramos cuenta de ello. La marea cambió, revelando la extensión de la ruptura, y llegó la hora de pagar. En mi juventud, no había esperado eso. Como ha dicho James Baldwin, yo ni siquiera sabía qué era lo que se debía. Pero en ese momento se perdieron los beneficios del consenso; la marea estaba alta y la separación de la tierra firme era completa.

A mediodía, sobre la roca, empecé a escribir acerca del dolor.

O más apropiadamente a enfocar directamente mi aislamiento, en la creencia de que podría forjar algo más fuerte y más hermoso que lo que se había perdido a medida que la ilusión de la integración se desmoronaba; juré que saldría adelante con mi esfuerzo. Y entonces, porque éste es un universo justo, se me permitiría congraciarme con el mundo antes de que fuera demasiado tarde, y en mis propios términos.

Pasó el tiempo, y las sombras se alargaron.

En algún punto, vi claro que lo que estaba teniendo lugar no era un juicio. Era mi vida. Y, nunca satisfecha, la roca continuaba tomando mi sangre.

Fue sólo entonces, cuando supe que tenía que abrazar mi destino o morir, que apareció mi Heracles...

En los revueltos años sesenta, algunos de los escritores más poéticos y humanísticos dentro de la comunidad de la ciencia ficción decidieron concentrarse en las ciencias «blandas» y en explorar el interior, incorporando actitudes de la filosofía existencial contemporánea y la metafísica a través de las diversas técnicas artísticas de la época. Pero este intento de evolución dentro de una categoría comercial fue rápidamente ignorado por el género, que tomó un término de otro medio y bautizó este último desarrollo como una aberración temporal llamada «la Nueva Ola», separando a sus autores del resto del grupo y abandonando sus esfuerzos revisionistas antes de que pudieran llevar el género a un territorio más arriesgado y menos seguro.

Durante el mismo período, una forma mucho más antigua de narrativa fantástica, basada en una filosofía de pesimismo y desesperación, ganó amplio apoyo. Se descubrió que alegoristas como Poe y Lovecraft tenían fuerte atractivo emocional para un número creciente de personas incapaces de encontrar auxilio en las puertas monolíticas del *establishment* futurista. Los antiguos sistemas de creencia derivados del misticismo y lo oculto reclutaron nuevos conversos por millones a medida que el relato de horror se hacía más popular que nunca, y una rama alternativa de la fábula moral se hizo un hueco en el mercado.

Los setenta vieron los reflejos del malestar extenderse a través de los medios de masas a una escala aún mayor que en anteriores crisis de depresión y guerras mundiales. Melodramas paranoides de suspense y terror se convirtieron en *best-sellers*, mientras que los cineastas rehusaron agotar el filón del catastrofismo, la muerte y la destrucción. Como

las pesadillas del apocalipsis y las mutaciones atómicas que habían pululado por las películas japonesas, la cultura pop occidental se hundió cada vez más profundamente en la sangre sacrificada de su propio inconsciente.

Desgraciadamente, la novela de horror llegó poco más lejos que la ciencia ficción o la fantasía. Los estantes de los supermercados continuaron almacenando un interminable farrago de libros llamativos, sus chillonas cubiertas compitiendo con *The National Enquirer* y *People*, cada una prometiéndole superar otras sobre niños indómitos (¡posesión!) o disturbios suburbanos (¡*poltergeists!*) como aparecieron en la Guía de TV de la semana pasada. Igual que las dietas para adelgazar y las predicciones astrológicas de desastres, ese tipo de tonterías buscan explorar la intranquilidad de la clase media con las últimas teorías diabólicas precocinadas. Las viejas amenazas comunistas (o ahora las terroristas) pueden o no acechar las esquinas este mes, según los editores de *Time* y *Newsweek*, pero seguro que Algo Que No Es De Aquí está detrás de la ubicua desintegración de la familia americana, y un interminable suministro de excusas fáciles se vende en el mercado a amas de casa hambrientas de respuestas a tres dólares y medio la dosis...

### *Vigilante, ¿qué hay de la noche?*

Sólo el carácter permanece vivo en el silencio, en la hora en que nos quitan la venda de los ojos y vemos finalmente lo que hay..., lo que hay realmente en el extremo de cada bifurcación, como dijo William Burroughs. Sólo después del fracaso de la consciencia pueden aparecer los sueños.

Los cambios tienen lugar en este borde.

A principios de la última década, sucedió algo. Fue un extraño despertar. Precisamente en la decaída mansión del género de horror, entre todos los otros sitios, dio comienzo un sorprendente y fecundo movimiento que aún no ha sido ignorado ni abortado.

No me refiero a los autores-supermercado que producen libros como salchichas, sino a aquellos que nunca surgieron del frío y no habían sido rotos por la noche. La mayoría de ellos, como yo, eran principalmente autores de relatos cortos, que en este país están considerados sólo un escalón por encima de los poetas, quienes a su vez están un escalón por encima de los idiotas. Pronto, lo que pensé que era una alucinación se convirtió en algo parecido a un milagro.

Consideren lo extraño de todo eso.

El clima apenas favorecía a los lectores y escritores que buscaban una ficción no atada por las limitaciones homeostáticas de la literatura general. Los antiguos futuros de la ciencia ficción se habían convertido en anacronismos, no más relevantes para el crisol de la vida contemporánea que la visión de los zepelines sobre Broadway. Y las casas encantadas y los fétidos cementerios del horror tradicional estaban siendo minados para el mercado prefabricado, encerrados en tumbas herméticamente selladas con vista. Las formas que previamente dieron forma y significado a nuestros sueños morían, y no había ningún lugar al que dirigirse. La oscuridad se acercaba, avisándonos que hiciéramos las paces con la larga noche del alma. Parecía que a una forma de arte tan rica le quedaba poco por decir durante el invierno humano que se aproximaba. Recuerdo haber compuesto un amargo poema: *La nieve sobre la rueda /gira, y el / siglo se hiela*. Ya no podíamos seguir pidiendo a nuestros médicos, psiquiatras, políticos o intelectuales una luz que nos alumbrara el camino; todos estaban enfermos de lo mismo. Nuestros artistas y filósofos estaban muy atareados programando sus procesadores de textos para producir ficción rápida para una sociedad de consumo que peligrosamente se quedaba sin combustible, amasando trilogías de tierra de elfos que nunca fueron y nunca serán; o estaban perdidos y locos en los salones de academia, haciendo

gestos como hebefrénicos en lo que bien podría haber sido el lenguaje privado de la esquizofrenia terminal.

Los lectores y escritores por igual habían quedado atrapados entre una roca de acero inoxidable y un lugar cubierto de moho, por decirlo de alguna manera. Uno podía comprar la propaganda de los ingenieros-literatos con sus Colonias O'Neill libres de gérmenes, buscando redención en algún robotizado vientre orbital. O sumergirse en el fatalismo del horror popular, con sus Antiguos aún pululando por los sótanos y el Anticristo sacudiéndose eternamente en el montón de leña. Elegid vuestro veneno; cualquiera de los dos servirá. El consenso lo es todo en esta sociedad; sin ella estás condenado, o solo, que se supone es lo mismo...

Bien, en palabras de Kenneth Patchen: «Puede que aún falte mucho para el amanecer, pero no hay ninguna ley que prohíba hablar en la oscuridad».

Lo encontré en las páginas de la revista *Whispers*, con la que me topé casi por casualidad. Titulada anteriormente *Whispers from Arkham*, bajo la dirección de un dentista y antologista llamado Stuart David Schiff, esta revista, de pequeña tirada, se dedicó a ofrecer una plataforma para las voces de los desencantados, algunos de ellos exiliados de la ciencia ficción, junto con material más tradicional. Los signos de vida más auténticos que había visto en mucho tiempo se dejaban entrever allí, a medida que una generación de escritores de terror fantástico (¿y cómo podían no serlo en estos tiempos?) se unían para darse calor mutuo. Luego vino *Whispers Press* y otras líneas de ediciones limitadas en tapa dura (que culminó en los años ochenta con el espectacular éxito de *Scream/Press*). Y luego las antologías originales de editores establecidos, después de que el antiguo fan y agente neófito Kirby McCauley abriera fuego con su mítica *Frights*.

En resumen, empezó a darse una especie de renacimiento bajo muchas narices despectivas. Críticos iconoclas-



tas predispuestos (Jack Sullivan, Douglas Winter y otros) señalaron el camino, y lo mismo hicieron algunos editores independientes y admirablemente faltos de prejuicios, incluidos Gerald Page, Karl Edward Wagner, Charles L. Grant y Ramsey Campbell. Estos tres últimos forman ahora parte de los escritores más importantes del género. Tal vez se convirtieron en editores por defecto, porque al principio había muy pocas personas dispuestas a aceptar el trabajo. Y porque se sentían excitados con lo que estaba sucediendo.

Los lectores siguieron al acecho y pidieron más títulos. *Whispers, Shadows, Terrors, New Terrors, Fears, Night Chills, Horrors, Death*, el mítico *Dark Forces...*, la lista se consagra como una letanía de lo perverso. Tenemos que agradecer a un público aventurero y a unos valientes antologistas el que nos proporcionen un fórum para esta actividad, por correr el riesgo con historias que desafían toda idiosincrasia y que en realidad no encajan en ninguna categoría tal como se las conoce, pero que probablemente no podrían ser encontradas en parte alguna; muchas de las historias de este libro no se parecen a ninguna otra ya publicada, puesto que, con raro poder y urgencia, asumieron la misión de preservar nuestra humanidad a través de los rigores de 1984 y más allá. El hecho de que estos extraordinarios volúmenes, cofres rebosantes de joyas brillantes y oscuras, consiguieran introducirse en las estanterías junto a otros vinos mucho más antiguos en tantas botellas llamativas, es una atención especial por la que deberíamos estar agradecidos. Su número se multiplica a medida que sus lectores se expanden, al menos parcialmente, por causa de las cabezas de playa establecidas por tantas historias macabras y sensacionalistas. El loto surge del fango.

Yo llevaba varios años escribiendo cuando nació este nuevo género, colocando mis historias cada vez que podía en publicaciones literarias y de ciencia ficción, en libros y revistas para hombres. En el transcurso de uno de mis repasos a las listas de mercado en *Writer's Digests* me encontré

una modesta solicitud de Stu Schiff. Mi contacto con él (y más tarde con otros como él), hizo que fueran aceptadas historias que llevaban años dando vueltas. Recuerdo que un manuscrito en particular llevaba más de media década siendo rechazado continuamente. Mi trabajo era demasiado blando para lo que se había convertido la ciencia ficción, demasiado especulativo para los mercados generales, demasiado afilado e inquietante para los elegantes, y demasiado cotidiano para el campo de la fantasía.

Entonces, después de trece o catorce años como escritor profesional, recibí una humilde carta de Kirby McCauley. Había leído algunas cosas mías en *Whispers*, dijo que le gustaba lo que escribía, y me preguntó si tenía una historia para una nueva antología que estaba preparando. La tenía. Poco después McCauley organizaba la World Fantasy Convention. En este tercer encuentro en Los Ángeles quedé sorprendido al saber que después de años de oscuridad era ahora, de repente, una celebridad menor, al menos en aquella convención, pues mi contribución a *Frights* había llegado a la final en una votación popular para los World Fantasy Awards. No gané, pero mi vida no ha sido la misma desde entonces.

Nunca me he considerado un escritor de horror en ningún sentido tradicional, así que al principio me sentía relucante a reclamar mi pertenencia en ese terreno. Sin embargo, sin ningún plan particular, sino más bien siguiendo el camino más fácil, encontré que mi trabajo era aceptado más a menudo en sus publicaciones que en ningún otro sitio. Estoy convencido de que en la mayoría de los casos esas historias no podrían haber sido publicadas en ningún otro sitio. A medida que el género se desarrollaba, McCauley me tomó como cliente, y el resto es tan improbable como cualquier cosa extraña que haya escrito. Me enseñó que podía, después de todo, sobrevivir sin alterar lo que había escrito, y que no estaba solo en la roca.

Este libro, pues, es mi oferta de gratitud a aquellos que han hecho una realidad el sueño febril de encontrar un puerto a salvo, entre ellos Pat LoBrutto, de Doubleday, que accedió a publicarlo. Muchos están representados aquí, aunque no todos, naturalmente, por causa de las limitaciones de espacio. Si conoce el género, sabe quiénes son. Si no, espero que esta antología le presente a algunos.

Es mi pequeña aportación a Kirby McCauley y al género que apareció milagrosamente en el nadir de mi desesperación y me aceptó en mi hora más oscura, cuando había perdido la última esperanza de sobrevivir haciendo lo que significaba para mí más que ninguna otra cosa: arte sin compromiso. «Una vez que has renunciado verdaderamente al fantasma —escribió Henry Miller—, todo lo demás sigue con absoluta certeza, incluso en medio del caos». Es también mi ferviente deseo que este libro sirva como una especie de bengala para aquellos que crean que van a hundirse o van a tener que nadar solos y dudan de su propia fuerza. Yo también estuve perdido antes de que me encontraran. La sangre mancha la roca, pero ahora sé que no es sólo la mía.

DENNIS ETCHISON

# *Primera parte*

Todo queda en casa

# *Almas perdidas*

CLIVE BARKER

Todo lo que la mujer ciega le había dicho que había visto parecía indiscutiblemente real. Fuera cual fuese el ojo interno que poseyera Norma Paine (aquella extraordinaria habilidad que le permitía escudriñar la isla de Manhattan desde el Puente de Broadway hasta Pattery Park sin moverse ni una pulgada de su habitación en la setenta y cinco), era agudo como el cuchillo de un ilusionista. Aquí estaba la casa abandonada de Ridge Street, con las manchas de humo ensuciando el ladrillo. Aquí estaba el perro muerto que había descrito, tendido en la acera como si estuviera dormido, pero sin la mitad de la cabeza. Aquí, también, si había que creer a Norma, estaba el demonio que Harry había venido a buscar: el tímido y sublimemente maligno Cha'Chat.

Harry pensó que la casa no era un lugar muy adecuado para la residencia de un desesperado como Cha'Chat. Aunque los engendros infernales podían ser una panda de brutos, era la propaganda cristiana la que los vendía como habitantes del hielo y los excrementos. Era más probable que el demonio huido estuviera tragando huevos de mosca y vodka en el Waldorf-Astoria que ocultándose entre estas ruinas.

Pero Harry había acudido desesperado a la vieja clarividente, tras fracasar en localizar a Cha'Chat por cualquier medio más convencional disponible para un detective privado como él. Había admitido ante la mujer que era responsable del hecho de que el demonio anduviera suelto. Parecía que nunca había aprendido, en sus demasiados fre-

cuentos encuentros con el Abismo y su progenie, que el infierno poseía habilidad para engañarle. ¿Por qué si no había creído en el niño que había aparecido ante sus ojos justo cuando apuntaba a Cha'Chat con su pistola?... Un niño, por supuesto, que se había evaporado en una nube de aire en cuanto la diversión fue redundante y el demonio hizo su escapada.

Ahora, después de casi tres semanas de vana persecución, era casi Navidad en Nueva York; la época de la buena voluntad y los suicidios. Las calles estaban atestadas; el aire, como sal en las heridas; Mammon en su gloria. Un patio de juegos más perfecto para Cha'Chat a pesar de que apenas podía imaginarlo. Harry tenía que encontrar rápidamente al demonio, antes de que hiciera ningún daño de importancia; encontrarlo y devolverlo al pozo del que provenía. *In extremis* incluso utilizaría las palabras atadoras que el fallecido padre Hesse le había confiado una vez, acompañándolas de advertencias tales que Harry nunca había llegado a anotarlas. Lo que hiciera falta. Siempre que Cha'Chat no viera la Navidad a este lado del Cisma.

Parecía que dentro de la casa de Ridge Street hacía más frío que fuera. Harry podía sentirlo introduciéndose entre sus dos pares de calcetines y empezando a aturdirle sus pies. Se dirigía al primer piso cuando oyó el suspiro. Se dirigió, esperando ver a Cha'Chat allí, de pie, su ojo facetado mirando a una docena de lugares al mismo tiempo, su pelaje ondulando. Pero no. En su lugar había una mujer joven al otro extremo del pasillo. Sus rasgos desnutridos sugerían extracción puertorriqueña, pero eso (y el hecho de que estaba embarazada) fue todo lo que Harry tuvo tiempo de ver antes de que saliera corriendo escalera abajo.

Al escuchar bajar a la muchacha, Harry supo que Norma se había equivocado. Si Cha'Chat hubiera estado aquí, una víctima tan perfecta no habría escapado con los ojos en la cara. El demonio no se encontraba aquí.

Lo que dejaba el resto de Manhattan para buscarle.